

Odd Arne Westad

La tormenta que viene

Poder, conflicto y advertencias
de la historia



Galaxia Gutenberg

ODD ARNE WESTAD

La tormenta que viene

Poder, conflicto y advertencias de la historia

Traducción de Noemí Sobregués

Galaxia Gutenberg



Título de la edición original: *The Coming Storm. Power, Conflict, and Warnings from History*
Traducción del inglés: Noemí Sobregués Arias

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2026

© Odd Arne Westad, 2026
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Noemí Sobregués, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 14715-2026
ISBN: 979-13-88019-82-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para mis alumnos del Grand Strategy Program de Yale

INTRODUCCIÓN

Advertencias de la historia

Cerca de Thiepval, un pueblecito francés de la región de Picardía de unos cien habitantes, se encuentra uno de los monumentos más conmovedores en memoria de los millones de caídos en la Primera Guerra Mundial. El monumento, de más de cincuenta metros de altura, se alza abruptamente a orillas del río Ancre, un afluente del Somme. En sus paredes se conmemora a más de 72.000 soldados británicos que siguen desaparecidos, a los que no enterraron en los cementerios de guerra que salpican el paisaje del valle del Somme; 72.000 personas cuyos cuerpos nunca fueron identificados tras la carnicería.

Los británicos desaparecidos son sólo una pequeña parte de los soldados que murieron en la batalla del Somme durante la Primera Guerra Mundial.¹ De julio a noviembre de 1916 hubo más de un millón de bajas. Personas de todo el mundo: alemanes, franceses, británicos, canadienses, australianos, indios, africanos, árabes y chinos. Sólo el primer día de la batalla, el 1 de julio de 1916, se produjeron casi 70.000 bajas. Muchos cuerpos nunca se recuperaron. A diez minutos de Thiepval, al otro lado de la carretera que conduce a la hoy próspera ciudad fronteriza de Amiens, se encuentra el cementerio de guerra alemán de Fricourt. Entre sus cruces negras están las tumbas de 17.000 soldados alemanes, sólo una pequeña parte de los 160.000 que murieron allí.

Es posible que estas cifras nos dejen un poco fríos, pero detrás de cada número hay una persona, un destino, a menudo el de un joven que nunca llegó a vivir su vida. Entre las tumbas que bordean el Somme se encuentran las de cinco jóvenes que casualmen-

te se llamaban igual: Alfred Webb.² Todos tenían entre veintiuno y veintitrés años cuando murieron, en julio o agosto de 1916. Eran ingleses, de Cheshire, Essex y Manchester. Uno de ellos acababa de emigrar a Fremantle, en el oeste de Australia, desde donde lo enviaron de regreso a Europa para que muriera en el Somme el 7 de agosto de 1916, su primer día de batalla. Alfred Louis Webb, del 48.º Regimiento de Infantería Australiano, de veintitrés años, yace enterrado en Puchevilliers, entre otros dos mil jóvenes: herreros, molineros, agricultores, conductores, científicos y escritores.

Al contemplar el monumento de Thiepval desde el río, al visitante moderno le da la impresión de estar viendo gigantescas piezas de Lego, ensambladas a toda prisa y abandonadas tal cual cuando se dejó de jugar. Parece algo involuntario, incluso fortuito. El monumento a los desaparecidos del Somme evoca la guerra en la que murieron estos jóvenes y en qué medida esta se originó a raíz de una serie de decisiones interrelacionadas que tomaron hombres mucho mayores, lejos del campo de batalla, algunas de ellas accidentales o incluso confusas. Así estaban unidas las piezas en 1914, cuando se acabó el tiempo y el mundo entró en guerra.

La Primera Guerra Mundial fue uno de los mayores desastres de la historia de la humanidad.³ Causó unos 40 millones de bajas en total, tanto de militares como de civiles. Buena parte de los que sobrevivieron quedaron mutilados de por vida, física y espiritualmente. Para muchos de ellos, el mundo se había convertido en un lugar espantoso, aunque sus nombres no figuraran en los monumentos de los campos de batalla. Más allá de la destrucción física, la Gran Guerra, como se la llamaba entonces, destruyó un mundo en el que muchas personas creían en el progreso y el avance paulatino, y lo sustituyó por uno cínico y desesperado en el que las naciones y las ideologías eran necesariamente enemigos naturales. A su vez, los daños que causó la Primera Guerra Mundial contribuyeron a provocar la Segunda y la Guerra Fría subsiguiente. Se necesitaron al menos tres generaciones para que las heridas que

había causado «la guerra que acabaría con todas las guerras», como la llamaron algunos de sus protagonistas, cicatrizaran.

Este libro aborda el tema más importante de nuestra época, la cuestión de la guerra o la paz. En la actualidad, menos del 0,5 por ciento de la población mundial ha vivido una guerra entre grandes potencias. Y aunque muchos han sufrido las devastadoras consecuencias de otros tipos de conflictos bélicos, la mayoría de los adultos de hoy en día han crecido en mundos relativamente estables dirigidos por una o dos superpotencias. Esos mundos no han sido pacíficos, pero sí, hasta cierto punto, predecibles. El actual es cada vez más complejo e incierto. Estamos entrando en una fase en la que varias grandes potencias compiten por la supremacía en determinadas zonas y en ámbitos como la tecnología nuclear, la inteligencia artificial o la exploración espacial. El comercio, que durante dos generaciones había ido liberalizándose hasta casi llegar al nivel que tenía antes del inicio de la Primera Guerra Mundial, se restringe y es cada vez más frágil, y entre las principales potencias estallan guerras comerciales.

Este mundo es diferente de todo lo que hemos experimentado en nuestra vida, pero se parece bastante al de hace más de cien años, desde finales del siglo XIX hasta 1914. En aquel entonces también había muchas grandes potencias que se enfrentaban entre sí e intentaban dominar a sus vecinos. El nacionalismo y el populismo estaban en auge, y mucha gente sentía que la globalización de la época no le había beneficiado. El proteccionismo y los aranceles aumentaron, y cada vez más personas culpaban a los ciudadanos de otros países de sus problemas. La inmigración y el terrorismo eran dos de los grandes problemas. Aunque los dirigentes de todo el mundo temían la intervención militar, se preparaban para el conflicto de maneras que casi garantizaban que, en el caso de que estallaran las hostilidades en Europa, las grandes potencias intervendrían.

Ese mundo terminó en una guerra catastrófica, la que se cobró la vida de Alfred Louis Webb y de tantos otros. Con sociedades enteras destruidas, los efectos de la Primera Guerra Mundial hi-

cieron que los conflictos se recrudecieran una y otra vez tras los cuatro años de combates. El desarrollo económico mundial sufrió un retroceso de décadas, pero lo peor fue el sufrimiento humano. La enfermera británica Vera Brittain deseaba que aquellos que habían decidido la guerra pudieran ver a las víctimas del gas mostaza, «quemadas [...] por todas partes y con grandes ampollas, ciegas [...] pegajosas y apelonadas, y siempre esforzándose por respirar, con voces que no son más que susurros, diciendo que se les cierra la garganta y que saben que van a ahogarse».⁴

La guerra es terrible en todas sus formas, pero las que tienen lugar entre grandes potencias son más destructivas debido a su intensidad y su magnitud, a las armas que se utilizan y a su tendencia a extenderse. Hoy en día, una guerra entre grandes potencias haría palidecer a todas las guerras actuales, aunque no se utilizaran las armas de destrucción masiva definitivas. Morirían millones de personas. El desarrollo humano retrocedería una generación y nuestros hijos pasarían toda su vida recomponiendo las piezas del progreso. Si la historia puede enseñarnos algo, ha llegado el momento de prestarle atención para no acabar en otro conflicto bélico entre grandes potencias debido a la combinación fatal de patriotismo, miedo, fatalismo y pura estupidez que desencadenó la primera gran guerra del siglo xx.

Hoy en día hay mucho en juego y los conflictos son reales. Muchas personas que viven en grandes potencias creen que los que viven en otras grandes potencias, o al menos sus dirigentes, están en su contra. Dos de cada cinco estadounidenses creen que es probable que su país entre en guerra con China en los próximos cinco años.⁵ En China, donde escasean los datos fiables sobre la opinión pública, los estudiantes suelen preguntarme cuándo creo que estallará una guerra chino-estadounidense a gran escala. Dos tercios de los rusos creen que la guerra en Ucrania es una «batalla civilizatoria» a vida o muerte con Occidente, y aproximadamente el mismo porcentaje de indios tiene una opinión negativa o muy negativa de China.⁶ En Europa la tienen nada menos que tres cuartas partes de los alemanes y los franceses.⁷

Estas cifras de desconfianza mutua son mucho más elevadas que antes de la Primera Guerra Mundial. Si una de las lecciones más duraderas de ese conflicto es la rapidez con la que incluso un resentimiento general relativamente moderado puede contribuir a provocar una catástrofe global, entonces las opiniones generales en la actualidad son motivo de verdadera alarma. Aunque es cierto que la opinión pública fluctúa y que los puntos de vista generales nunca provocan guerras por sí solos, hoy en día existen suficientes conflictos estructurales y políticos entre las grandes potencias como para que una guerra a gran escala sea un escenario probable. Y en las crisis en las que la guerra es una amenaza es donde las opiniones de la población y su impacto en la política interna pueden tener un papel muy importante a la hora de determinar el resultado.

Al igual que en el mundo anterior a 1914, los nacionalismos de diverso tipo desempeñan un papel cada vez más importante en la política actual. Desde la voluntad de Xi Jinping de recuperar la gloria de China hasta los intentos de Vladímir Putin de instaurar un nuevo imperio ruso, pasando por el auge de posicionamientos populistas contra los extranjeros en Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania y Francia, las opiniones negativas sobre los demás están en la base de muchos de los conflictos del mundo de hoy. Es fácil ver que estos sentimientos aumentan la posibilidad de una guerra a gran escala, porque dificultan que incluso los dirigentes políticos más sensatos adviertan de los efectos de los conflictos internacionales. En estas circunstancias, pocos responsables están dispuestos a arriesgar su carrera política desactivando tensiones con otros países. El consenso de los dos partidos estadounidenses respecto de enfrentarse a China es un buen ejemplo. Otro es el hecho de que las élites políticas rusas y chinas, y algunas de Estados Unidos, se han alineado con agendas autoritarias que muchos reconocen en privado que podrían conducir al desastre.

Otra similitud alarmante entre el mundo actual y el anterior a 1914 es la cantidad de reproches que las grandes potencias se hacen entre sí. Esto es especialmente cierto en la relación entre Esta-

dos Unidos y China, aunque también se observa en otros países. Tanto en Pekín como en Washington, todo lo que hace el otro país se considera una prueba de sus intenciones agresivas contra el propio, desde la postura estratégica hasta las políticas navales, pasando por las alianzas y las amistades, la política comercial y la tecnología. Casi nadie en las dos capitales intenta desglosar algunos de estos problemas para que las tensiones sean más manejables. Esta combinación de diversas fuentes de resentimiento fue una de las principales causas de la guerra de 1914.

Durante la mayor parte de la Guerra Fría se suponía que las armas nucleares y otras de destrucción masiva contribuirían de formas extrañas a la estabilidad o incluso a mantener la paz. Muchos expertos aseguraban que la amenaza de destrucción mutua era fundamental para evitar la guerra. El mismo argumento se había esgrimido antes de 1914, aunque sobre las armas químicas, los buques de guerra, la artillería de largo alcance y los aviones. En un mundo más complejo, con cada vez más potencias nucleares, tenemos muchas razones para temer que la amenaza de una guerra nuclear no tenga el efecto disuasorio que tenía en el mundo bipolar de la Guerra Fría. El ejemplo de 1914 muestra que las armas de destrucción masiva de aquella época no fueron razón suficiente para que las grandes potencias evitaran la guerra. En las circunstancias actuales, temo que la amenaza de destrucción nuclear, que puede haber contribuido a mantener la paz entre las grandes potencias en un mundo bipolar, ya no tenga un poder disuasorio absoluto.

La mayor parte de este libro se centra en explicar por qué puede producirse una guerra entre grandes potencias y cómo podría estallar. Su objetivo es advertir de los acontecimientos que podrían hacerla más probable y ayudar a los lectores a formarse su propia opinión y a tomar sus propias decisiones. El método consiste en aprender de la historia y analizar la actualidad internacional intercalando lecciones del pasado, sobre todo del periodo anterior a la Primera Guerra Mundial, una época que en muchos sentidos es muy similar a la nuestra. La atención se centra en las

grandes potencias no sólo porque provocaron la guerra de 1914, sino también porque nuestro mundo actual está convirtiéndose rápidamente en una constelación cada vez más multipolar y compleja de potencias que se enfrentan entre sí, en una era de rivalidad entre grandes potencias, como la denominó la primera Administración del presidente estadounidense Donald Trump.

Este libro es un alegato en favor de buscar un compromiso entre las grandes potencias; no un acuerdo, ni una convergencia, ni una equivalencia moral, sino acuerdos provisionales para al menos algunos de los problemas que hoy intensifican los conflictos. A principios del siglo xx no se consiguió alcanzar esos compromisos, y su ausencia hizo mucho más probable la guerra entre grandes potencias. La afirmación de que hoy somos más capaces de llegar a entendimientos que en aquel entonces parece que no se sostiene. Hemos tenido ochenta años de paz, a veces inestable, entre las grandes potencias desde el final de la Segunda Guerra Mundial, pero el siglo xix también fue básicamente pacífico en Europa, y sin embargo dio lugar a una guerra devastadora en 1914. En asuntos estratégicos, al igual que en las finanzas, los resultados pasados no garantizan rendimientos futuros. Si queremos evitar la guerra, tenemos que prepararnos.

Esta preparación tendrá que adoptar diversas formas. Una de ellas es alcanzar al menos compromisos temporales en cuestiones peligrosas relativas a la soberanía o el territorio, como los que tienen lugar entre la República Popular China y Taiwán, o entre la India y la República Popular China, o en el mar de la China Meridional. Otra es poner fin a las guerras en curso, como las de Ucrania y Palestina. La tercera consiste en no asfixiar el comercio mundial con aranceles y embargos. La cuarta es limitar la carrera armamentística en tecnologías delicadas. La quinta consiste en cooperar donde sea posible, como en cuestiones climáticas, pandemias y exploración espacial. Hay muchas otras. Pero por el momento no estamos avanzando hacia ningún compromiso de este tipo. Al contrario, nos estamos alejando de ellos cada vez más.

También debemos darnos cuenta de que el comportamiento y la retórica son elementos fundamentales para la paz. La guerra estalló en el verano de 1914 porque el miedo se había apoderado de muchos dirigentes de las grandes potencias, que buscaban señales de que iban a ser atacados. Gran parte de ese miedo, que debilitó en gran medida los esfuerzos por detener la guerra, se basaba en lo que los dirigentes enemigos habían dicho en el pasado, tanto en público como en privado, y en lo que los responsables políticos creían saber sobre los planes de guerra de otros países. La paciencia e incluso las garantías, características a menudo imprescindibles para prevenir el estallido de un conflicto, no tenían cabida en un escenario así. Hoy debemos prepararnos para hacerlo mejor. La alternativa, que también debemos contemplar, es una guerra a una escala que la inmensa mayoría de nosotros nunca ha conocido.

Este libro se divide en tres partes interrelacionadas. La primera explica cómo se creó el mundo multipolar que vemos surgir en la actualidad y en qué medida es comparable con los asuntos internacionales del pasado. Se centrará en el ascenso de China y en las ideas que este ascenso ha generado sobre su lugar en el mundo. Mostrará por qué China ha pasado de ser un país pobre y atrasado a ser la potencia mundial que es en la actualidad, cómo el Partido Comunista Chino ha conseguido mantener su dictadura y qué piensan sus dirigentes sobre el futuro. Pero también describirá la evolución de otras grandes potencias (Estados Unidos, la India, Rusia y Brasil), a las que se comparará con las de principios del siglo xx.

La segunda parte aborda los temores que el ascenso de otras potencias, y en especial de China, ha generado en otros lugares, sobre todo en Estados Unidos.⁸ Aunque sigue siendo la potencia mundial más importante, Estados Unidos atraviesa una época de inestabilidad política y social y un profundo temor al declive. Por lo tanto, sus políticas se han vuelto mucho más impredecibles, lo que aporta nuevas complejidades al orden multipolar emergente. Al igual que Gran Bretaña antes de 1914, Estados Unidos se en-

cuentra hoy sumido en una profunda incertidumbre sobre su papel en el mundo y se siente inseguro respecto de su orden interno e imperial. Su modo de abordar los asuntos mundiales, y el de sus aliados europeos y japoneses, será tan relevante como el de sus rivales internacionales en cuestiones de guerra y paz.

La tercera parte analiza cómo estalló la Primera Guerra Mundial y establece comparaciones con posibles focos de conflicto entre grandes potencias, desde Taiwán, Corea y el mar de la China Meridional hasta el Himalaya, Ucrania y Oriente Medio. Con la intención de aprender de lo sucedido a principios del siglo xx, examinaremos cada una de estas zonas de crisis y analizaremos cómo las grandes potencias pueden evitar conflictos en ellas. ¿Cuáles son los elementos clave en estas regiones que pueden conducir a guerras más amplias y cuáles son los escenarios probables de futuros conflictos? ¿Cuáles son hoy en día los mayores riesgos de una guerra entre grandes potencias a la luz de lo que sabemos que sucedió hace un siglo?

Al final, lo que puede salvarnos del desastre es defender la paz entre las grandes potencias. La conclusión del libro ofrece una amplia defensa de la paz mediante el compromiso selectivo, la disuasión eficaz y un razonamiento profundo sobre los motivos de todas las partes implicadas. Se centra en propuestas concretas que los dirigentes de las grandes potencias, ahora y en el futuro, deberán tener en cuenta para evitar la guerra.

Índice

INTRODUCCIÓN

Advertencias de la historia	9
---------------------------------------	---

CAPÍTULO 1. EL AUGE DE LAS GRANDES

POTENCIAS	19
---------------------	----

CAPÍTULO 2. TEMORES Y RESENTIMIENTOS.	61
---	----

CAPÍTULO 3. CAUSAS DE LA GUERRA	115
---	-----

CONCLUSIÓN

Defender la paz	169
---------------------------	-----

Notas	183
-----------------	-----

Agradecimientos.	195
--------------------------	-----

Índice onomástico	197
-----------------------------	-----